



María, la Mujer Nueva

María es expresión y síntesis de lo que queremos vivir como Compañía de María. Esto es lo que expresa el último artículo de las constituciones de la Compañía. En este texto, a la hora de llevar a cabo una síntesis apretada sobre el carisma de la Compañía, las constituciones miran a María y la presentan como imagen de lo que estamos llamados/as a vivir. Partimos, pues el texto del artículo para desgranar un poco quién es María para nosotros/as.

El artículo comienza con una frase que muestra el horizonte del carisma de la Compañía: "El camino que nos marcan las constituciones tiene como finalidad que seamos Mujeres Nuevas, revestidas de Jesucristo, para la construcción del Reino". A continuación, presenta a María como la Mujer Nueva por excelencia. El texto señala que, por este motivo, es síntesis de la identidad de la Compañía. A continuación explica qué quiere decir esto con un párrafo breve pero denso: "Como seguidora de Jesús, en humildad y sencillez, participa del Misterio Pascual y, con la fuerza del Espíritu, camina, junto con los apóstoles, hacia la realización del orden nuevo, revelado por Dios en Jesucristo". El artículo sigue con una segunda parte en la que dirige la atención a todos nosotros señalando lo que queremos vivir en sintonía profunda respecto de lo que acaba de decir sobre la Virgen. De hecho, esta parte se inicia con un significativo "como María".

Podemos intentar acercarnos, con el comentario de este párrafo, un poco a la experiencia de María, la Mujer Nueva que configuró su propia existencia al Evangelio, que vivió según el estilo de Jesús compartiendo el camino con los compañeros y compañeras de la comunidad de creyentes, poniendo todas sus energías al servicio del Reino.

Como seguidora de Jesús, en humildad y sencillez participa del Misterio Pascual María accede a entrar en el plan salvador de Dios. El relato de la anunciación de Lucas (cf. Lc 1, 26s) nos presenta a María como la mujer libre, dueña de sí y disponible que entra en diálogo con Dios y que consiente en participar en este plan salvador. Tenemos un Dios tan respetuoso que no interviene en nuestra historia humana si no lo dejamos actuar. María es la mujer que decide colaborar con Dios, el texto de Lucas lo expresa con una fuerza sorprendente. Aquí, la obediencia es fundamentalmente, la escucha y adhesión a la Palabra de Dios; María, como sirvienta, está en línea con el resto de siervos de Dios (Abraham, Moisés...).

La colaboración de María pasa por su maternidad, vivida conjuntamente con José. Ellos acompañan con ternura Jesús en su proceso de crecimiento personal a todos los niveles, lo incorporan a la tradición cultural y religiosa de Israel. La maternidad de María, como todas las maternidades, se va desarrollando, creciendo, madurando... Se trata de una maternidad dinámica que tiene sus momentos de desconcierto. En varias ocasiones Lucas nos dice que María guarda todas las cosas en el corazón y las medita (cf. Lc 2, 19:51). Esta expresión remite a una profunda actividad creadora que consiste en dejar

resonar en el corazón, saber mantener y guardar los interrogantes, buscar el sentido profundo de todo lo que acontece.

Marcos nos presenta a María y los hermanos y hermanas de Jesús yendo a buscarlo porque consideran que Jesús ha perdido el juicio y que el honor de la familia está en juego. Jesús, ante ellos, expresa como su familia son todos aquellos y aquellas que escuchan el querer de Dios y lo cumplen (cf. Mc 3, 31-35). María entró decididamente en esta dinámica.

El texto de las Constituciones nos muestra a María, seguidora de Jesús, que en humildad y sencillez, participa del Misterio Pascual. Necesitamos acercarnos a este Misterio Pascual fin de averiguar un poco su sentido. Inicialmente podemos remitirnos a la muerte y la resurrección de Jesús. Ahora bien, no podemos desconectar el Misterio Pascual del resto de la vida de Jesús. Él hizo la experiencia cotidiana que la vida plena pasa por la entrega gratuita a los demás. Jesús, libre y disponible, se hace accesible a todos, reconoce la plena dignidad de todos y, desde abajo, devuelve la dignidad a aquellos y aquellas que la han perdido; se hace hermano compasivo y solidario y, de este modo, encuentra la vida. Jesús lo expresa con toda su existencia, con sus gestos, sus palabras. Así, nos dice: "Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero el que la pierda por mí y por el Evangelio, la salvará (Mc 8, 36). Y también: "os digo: si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda él solo, pero si muere, da mucho fruto" (Jn 12, 24). Esto supone salir del propio querer e interés... para sumergirse en el de Dios, confiando en su fecundidad, aunque suponga el paso por la muerte.

María participa de esta dinámica pascual. Los relatos del Evangelio nos dan algunos indicios: sale al paso y va a visitar la prima Isabel (cf. Lc 1, 39s), en las bodas de Caná se percata de que les falta vino y que la fiesta peligra (cf. Jn 2, 1-12). Pero quizás es el Magnificat donde podemos captar mejor esto (cf. Lc 1, 46-56). En este texto, María hace una sola cosa: exulta de alegría y celebra la acción de Dios en todo: es Él quien tiene la iniciativa y actúa en la historia. María nos invita a todos a mirar contemplativamente nuestra historia.

Primeramente expresa que ha hecho en ella: Dios ha mirado la humillación de su esclava. El Señor ha dirigido su mirada hacia María y ha visto su pequeñez. María ha experimentado esta mirada como una mirada salvadora, dignificadora. Desde esta experiencia María entiende quién es Dios: santo y misericordioso. Es decir, sólo desde la vida y la historia podemos descubrir quién es Dios. Él es fiel a sí mismo en su actuar.

A partir de aquí María amplía su mirada y la extiende a toda la historia y proclama como actúa Dios: "Las obras de su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba a los poderosos de sus tronos y exalta a los humildes; llena de bienes a los pobres, y los ricos los despide vacíos" (Lc 1, 51-53). Dios baja y desde abajo, levanta a los humildes, llena de bienes a los pobres... en línea con la dinámica del Misterio Pascual que se hace presente en todas partes, a menudo en gestos pequeños, a veces imperceptibles en medio de la presencia arrolladora de la injusticia, la violencia y la desigualdad. Ahora bien, probablemente uno de los aspectos más expresivos del Magnificat lo encontramos justamente en el hecho de que estas dos estrofas están en un mismo himno. ¿Qué queremos decir? María canta la liberación de Dios en el pueblo y ella, con su pequeñez, encarna estas personas oprimidas.

Dios se fija en los pequeños y toda la existencia de María se posiciona a su lado y se entiende como servicio a la obra de la salvación. María ha discernido quién es Dios,

donde se encuentra y cómo actúa y lo canta. Su canto es paralelo a las Bienaventuranzas. El Magníficat sólo se entiende desde el Evangelio, desde la proclamación del Reino.

Con la fuerza del Espíritu, camina, junto con los apóstoles, hacia la realización del orden nuevo, revelado por Dios en Jesucristo.

El texto de las Constituciones sigue con esta frase que nos remite de lleno a la experiencia de Pentecostés. El libro de los Hechos de los Apóstoles recoge este hecho. Después de la ascensión de Jesús, los creyentes permanecen en Jerusalén y Lucas concreta quiénes son: "Todos ellos eran constantes y unánimes en la oración, junto con algunas mujeres, con María, la madre de Jesús, y con los hermanos de él "(Hch 1,14). Por otra parte, la comunidad de Juan presenta a María y el discípulo amado al pie de la cruz (cf. Jn 19, 26-27). A veces se ha interpretado esta escena como la expresión de la ternura filial de Jesús que encomienda la madre a su discípulo, pero los exegetas señalan que, teniendo en cuenta el conjunto del Evangelio de Juan y su teología, esta escena de reconocimiento y entrega entre la madre y el discípulo, de hecho, remite más bien a la creación de la comunidad cristiana. Esta escena ocurre justo antes del grito de Jesús diciendo que todo se ha cumplido, tras el cual entrega el espíritu. Esto es muy importante, ya que implica situar la comunidad cristiana, es decir, la iglesia, como fruto de la voluntad salvadora de Dios.

Podemos decir, pues, que ambas escenas sitúan María en el seno de la comunidad de creyentes. Después, ya no encontramos más datos concretos sobre cuál fue la acción de María en la comunidad, pero su recuerdo nos llega en los primeros libros de la fe y en los escritos de los primeros cristianos. María es recordada como hermana con muchos otros que responden al don del Espíritu. Éste es fuente de amor creador y vivificador y una de sus obras es la comunión de los santos, la compañía intergeneracional de personas que ocurren compañeros de memoria y esperanza. Compañeros que hacen vivo y presente en su existencia el recuerdo de Jesús haciendo suyas las actitudes, gestos, el estilo del maestro.

Así, actualizan el recuerdo del Señor y, al mismo tiempo, esto les proyecta hacia el futuro que ocurre lleno de promesas de vida para todos, especialmente para los más pequeños. Hacen presente el recuerdo del Señor que es bastante práctica y liberadora para impulsar el futuro. Y en esta dinámica, en su medio, celebran en la eucaristía el memorial de la muerte y la resurrección de Cristo.

En la comunidad de creyentes éstos constituyen una mediación los unos para los otros. Ciertamente formamos una comunión en el pecado, aquí, nos encontramos todos. Pero también y sobre todo en la gracia: nadie es insignificante. Somos mediadores de la salvación para los demás. Somos colaboradores de la gracia de Dios respecto de los hermanos y hermanas en la fe, con los gestos, las palabras, el testimonio de vida, la oración de los unos por los otros. Y aquí podemos situar también la acción de María en medio de la comunidad de creyentes. Unas palabras de X. Pikaza pueden iluminar lo que queremos decir: Ella no quiere sustituir a los creyentes, no se pone por encima de ellos. Abre un camino de fe y vida para todos (el camino de Jesús) y cuando cumple su función permanece entre todos, como miembro del grupo de convocados para el Reino (de la Iglesia). Por ello, su título final es este: amiga, compañera. Desde este fondo decimos que es persona: ayuda a los demás en el camino que ella ha recorrido, les da lo que ella tiene. Así edificando en medio de ellos (con ellos) la comunidad de los salvados.

Siendo la primera, no es la única, ni la superiora. Es la primera de un grupo de hermanos y hermanas que asumen el camino de Jesús y que le siguen en la espera de su Reino. De esta forma permanece para siempre en la conciencia y en el canto de la Iglesia (cf. Lc 1, 48)¹.

Llenad vuestro nombre...

Como decíamos, tras presentar María, el artículo XVII de las Constituciones se vuelve hacia todos nosotros/as y nos invita a hacer vida la experiencia de María: Como ella, fieles al servicio del Reino, viviremos nuestro carisma renovado por el Espíritu en cada momento de la historia. Colaboraremos como educadoras, en la formación del hombre nuevo para la construcción de una sociedad fraterna, donde la fe se manifieste en obras de justicia.

Acogeremos la experiencia Pascual de Muerte y Vida para que broten signos de resurrección en un mundo dividido y no solidario. Congregadas en su Compañía, en unión de corazones, buscaremos, con alegría y esperanza, Gloria de un Dios siempre más Grande.

Núria Caum, ODN